

# LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Acompaña al presente número una estampa que contiene los retratos de las dos interesantes niñas D.<sup>a</sup> Pilar y D.<sup>a</sup> Elisa Bol-dun, joyas de nuestra escena, y que anuncian ser dos artistas que habrán de dar gloria al español teatro. Los justos aplausos que alcanzan constantemente de este público, son una garantía de los lauros que les esperan en su carrera dramática, tan felizmente inaugurada.

## TEATRO DEL CIRCO.

### *Aniversario de la muerte de Cervantes.*

El primer actor de este coliseo D. Enrique Zumel, fervoroso apasionado á la literatura dramática, y cuyos ensayos en este género han sido acogidos con favor del público, concibió el oportuno pensamiento de consagrar á la memoria del ilustre Cervantes la función que debía tener lugar el 25 del que rige, aniversario del fallecimiento de aquel insigne escritor, fecundo y sazonado ingenio de quien la España entera se envanece. Al efecto eligió dicho señor la comedia *El trato de Argel*, bien así como el entremés *La guarda cuidadosa*, ambas del mismo Cervantes como es sabido, dándose fin con un juguete dramático del mismo Sr. Zumel, que lleva por título *L. N. B.*

Tal fué, con alguna otra circunstancia que mencionaremos despues, la función que este actor eligió para beneficio suyo, no lle-

vado ciertamente del deseo de lucrar en él, toda vez que ya pudiera augurarse ser esto imposible, sino estimulado por el empeño de hacer ver que si á Moratin y á Lope de Vega y á otros se tributan en los teatros de la corte esos justos homenajes que la posteridad ofrece á los talentos que honraron á su patria y á su siglo, no era bien faltase un testimonio igual al gran manco de Lepanto, al ingenioso y festivo escritor que fué, es y será *el regocijo de las musas*, como él propio por boca agena dice de sí. ¿Ni cómo hubiera podido pensar de otra manera el Sr. Zumel? ¿Habria sido posible á nadie hacerse ilusiones acerca del actual mérito de esa como de ninguna otra de las comedias de Cervantes? ¿Qué especie de aliciente iba á ofrecer con ella al público, y especialmente á un público acostumbrado á otro muy distinto género?

Vista la necesidad de escojer una comedia de las poquísimas conservadas de aquel autor, y de las que con razon dice el Sr. Martinez de la Rosa que para gloria suya habria convenido que no hubiesen parecido jamás despues de perdidas, claro es que *El trato de Argel* es la que debió obtener y obtuvo la preferencia, porque está ligada intimamente á la historia de Cervantes, puesto que se supone era él el cautivo que allí aparece bajo el nombre de Saavedra, segundo apellido suyo.

La obra, y mas tal como se ha ejecutado, se reduce á poca cosa en cuanto á su argumento, si es que puede decirse que hay un argumento donde hay varias acciones distintas mas ó menos desarrolladas. Constituyen la principal los conflictos de Aurelio y de

Domingo 27 de Abril de 1856.

Ayuntamiento de Madrid



Silvia, esposos cautivos ambos, y de los que respectivamente están enamorados sus dueños, de forma que Isuf ama á Silvia y Zara está perdida por Aurelio, si bien ni uno ni otro ceden á los halagos de los que les prometen la libertad y hasta la fortuna. Esta accion termina sin incidente notable, haciendo que el dey muy á lo moro exija de Isuf le traspase ambos esclavos para utilizarse con el escaso del rescate, y mandando desollar á palos al indócil dueño que se niega á perder la esperanza de conquistar de grado ó fuerza á la hermosa española.

Otra de las acciones secundarias cuyo desarrollo se ha suprimido en la representacion, es la fuga de Pedro Alvarez, quien se resuelve á huir hasta Oran atravesando el desierto, lo cual no logra sino con la ayuda de la Virgen de Monserrate á la que implora en su angustia, y que le envia un leon que le sirva de guia y lo conduzca al deseado término de su viaje.

Como episodio importante de la comedia, un cautivo llamado Sebastian hace una relacion minuciosa del martirio que han dado los infieles á un sacerdote valenciano, en represalia de haber hecho quemar la Inquisicion de Valencia á un moro bautizado, que posteriormente abjuró de su nueva religion. Este hecho, que se tiene por histórico, y cuyo protagonista se llamaba Miguel de Aranda, fué puesto en escena tambien por Lope de Vega en sus *Esclavos de Argel*, si bien en esta no se presenta el martirio en relacion, sino en accion y con todo su aparato.

Tambien ha sido suprimido el mercado de esclavos, escena en la que se ofrecen á la vista demasiado á lo vivo las horribles particularidades y desgarradoras circunstancias de la venta de tiernos niños arrancados de los brazos de sus padres y para siempre separados de ellos. Solo se ha conservado el diálogo que mas adelante tienen estos dos hermanos, de los cuales el mayor ha permanecido fiel á la fé de Cristo, pero el menor, vencido por los halagos y regalos de su nuevo dueño, ha abandonado su ley, se ha hecho musulman, y desdeña y desprecia á los demás esclavos, antes sus compañeros de infortunio.

En esta comedia Cervantes hace intervenir á un demonio, que sale acompañado de

dos personajes alegóricos, la *Necesidad* y la *Ocasión*. Tambien esto se ha suprimido.

Las comedias de Cervantes, fuera del interés que siempre lleva cuanto atañe á un tan ilustre varon, tienen tambien su importancia para la historia literaria en general, y especialmente para la de nuestro país. El arte comenzaba entonces, y los españoles no querian imitar á Terencio y á Plauto, á Sófoeles y á Eurípides. Concebian, y con razon, que un drama debe ser el reflejo de su época, y no la imágen de otra alguna. Querian por tanto que el drama que ellos escribian encerrase las costumbres, las creencias que entonces dominaban en España; pretendian influir además en la opinion pública por medio de la representacion de ciertos hechos, y de aquí que *El trato de Argel* manifieste como objeto primitivo y único del autor el llamar la atencion del pueblo español y de su rey Felipe II, para que hiciesen cuestion de honor nacional el poner un dique á las depredaciones de los bárbaros piratas de Argel, espionando á la vista del público el cuadro fiel de las miserias y horribles tratos de que eran víctimas los cristianos encerrados en aquellas mazmorras; miseria y tratos que el mismo Cervantes conocia por propia y desgraciada experiencia. Bajo este punto de vista la comedia en cuestion tiene un alto fin político y humanitario, y merecerán siempre singular aprecio los esfuerzos del autor por conseguirlo. Tampoco pueden negársele las bellezas de estilo y de lenguaje que posee, y que no la hacen indigna de la pluma del grande escritor y del clásico hablista; pero consiguió aun entonces el agradar á un público, con todo de que este no podia juzgar por preocupaciones anteriores? No, porque una serie de discursos cosidos escena á escena y la division del interés entre tantas acciones, no podian cautivar la atencion de un público que necesitaba las novelas dramáticas de un Lope de Vega. Sobre todo, sus monólogos y diálogos son escesivamente largos y acaban con la mas probada paciencia de un espectador. Por eso dice á propósito de sus comedias un distinguido crítico extranjero. «Cervantes, que en sus novelas poseia tan bien el arte de escitar y sostener el interés, de decir precisamente lo que convenia decir, y de de-



tener su pluma donde convenia detenerla, no llegó nunca á comprender bastante lo que el público quiere oír de la boca de un actor.»

Concluida que fué la comedia se presentó en el escenario toda la compañía vestida de rigorosa ceremonia, dándose lectura por los actores y actrices á algunas composiciones poéticas alusivas, y cantándose en seguida por la seccion lirica un himno á Cervantes, música del Sr. Sevil y letra del Sr. Zumel. Ambas cosas fueron muy aplaudidas.

Después del entremés se puso en escena el gracioso y ligero juguete dramático, original del ya mencionado primer actor, y que ya dijimos al principio de este artículo llevar por título *L. N. B.*

La concurrencia, segun era de preveer, fué escasa. El objeto del Sr. Zumel se llenó sin embargo. Habíase tributado á la memoria del gran Cervantes el homenaje debido al talento sublime del escritor, á la acrisolada virtud del cristiano, al heroico valor del guerrero.

F. F. A.

## UN EPISODIO

DE

## LA ULTIMA GUERRA CIVIL.

Á DON MANUEL CAÑETE.

I.

### LA HERMANA.

El dia inmediato á un combate presentaba en Guipúzcoa un aspecto singular.

Todos los caminos que conducian al campo de batalla llenábanse de gentes que venian á saber la suerte que les habia cabido á sus deudos ó amigos: y aquellos grupos de abigarrados colores, descendiendo por los tortuosos senderos de las pintorescas montañas, desapareciendo y tornando á aparecer segun los accidentes del terreno, prestaban al paisaje un colorido de animacion mágico y sorprendente.

Muy luego se llenaba el campamento de aquella multitud, que dispersa una vez allí, iba y venia preguntando nuevas de sus hermanos, sus hijos ó sus prometidos.

La gran mayoría de aquellos visitantes se componia de mujeres, quedando los varones á la guarda del caserío ú ocupados en la labranza.

Todas traian algo que ofrecer á los soldados que tan denodadamente se batian; y sentados en la yerba, mientras aquellos devoraban las viandas que el cariño de sus madres, hermanas ó prometidas les habian proporcionado, escuchaban estas con placer mezclado de asombro, las proezas guerreras ejecutadas la vispera.

A veces una mujer atravesaba el campamento descompuesto el semblante, llenos de lágrimas los ojos; y á su paso, descubrianse los soldados respetando aquel dolor, y las mujeres procuraban consolarla con palabras y caricias.

Estaba yo contemplando tristemente, (porque á mí nadie venia á verme) un alegre grupo compuesto de tres jóvenes solteras que en compañía de su madre habian venido á ver á dos hermanos, y á los prometidos de dos de ellas.

Habíanse abrazado todos con efusion, y sentado sobre el tronco de un castaño derribado la vispera por una bala de cañon.

Los soldados narraban los peligros que habian corrido durante el combate, y cuando en su relato se mezclaba algun acto de valor personal, la anciana abrazaba al narrador, y las jóvenes se dirigian unas á otras miradas de noble orgullo.

Cuando referian la muerte de alguno de sus amigos, el semblante de aquellas mugeres se oscurecia, fijaban una mirada rencorosa en la línea enemiga, luego bajaban la cabeza, los soldados se quitaban sus boinas, y contestaban todos en coro á las oraciones que la anciana dirigia á Dios por el descanso de las almas de los muertos.

De repente oí la voz de mi sargento primero que me andaba buscando.

Venia en compañía de una joven de caserío, hermosa á maravilla: jamás olvidaré aquel noble semblante.

Dos luengas trenzas de pelo negro pendian de su cabeza por todo lo largo de la espalda hasta media pierna, unos hermosísimos ojos, negros como el cabello, daban con su púdica mirada un realce divino á su fisonomía de un tipo semejante al de las madonas de Rafael: su boca pequeña y colorada como la cereza resaltaba sobre su cutis blanco.

Su cuerpo era esbelto como el de una estatua griega; su continente, magestuoso como el de una antigua matrona romana.

Acerquéme á ella y noté que estaba muy pálida.

—Es la hermana de aquel voluntario joven que ingresó anteanoche en la compañía; me dijo el sargento apenas me acerqué.



—Y deseo verlo; añadió la joven con voz conmovida.

—Yo no sé por donde anda; repuso el sargento con la mayor naturalidad, y me he dirigido á V. para saber si lo ha empleado en alguna comision del servicio.

Quedéme mirando de hito en hito á los dos, y mi semblante hubo de experimentar algun cambio sin duda, porque la joven se estremeció.

—Si acaso está herido, dijo lentamente, no me lo oculte V.: estoy acostumbrada á la desgracia.

—Hija mia, la contesté: creo haberlo visto esta mañana, y de entonces acá estoy seguro de que no le ha sucedido nada.

No mentía.

—Ah! No me engañe V.; exclamó con una voz tan conmovida, que penetró hasta el fondo de mi corazon. Hemos recorrido todo el campamento sin encontrarlo: la conmocion de V. me indica una desgracia: no me engañe V. por Dios. Muerto ó vivo quiero verlo.

Habia una resolución tal en sus últimas palabras, que poco me faltó para descubrirla la verdad; pero era superior á mis fuerzas herir aquel corazon de diez y ocho años con un golpe tan terrible.

—¿Has venido sola! la pregunté procurando ganar tiempo.

—Sola: contestó con tristeza.

—Mucho debes querer á tu hermano.

—Le quiero tanto como á mi madre, me contestó poniendo la mano sobre el corazon; y á mi madre la quiero poco menos que á Dios.

—Lo celebro, hija mia; siéntate, descansa un poco, y luego trataremos de adquirir noticias.

De este modo procuraba yo encontrar algun medio para salir de aquel doloroso trance en que me habia empenado mi desmemoriado sargento, ó prepararla al menos poco á poco á recibir una terrible nueva. Pero no contaba con la resolución de mi interlocutora.

—Sé positivamente, me dijo con dolorido acento pero sin derramar una lágrima, que mi hermano mayor ha muerto: he oido decir que el combate ha sido sangriento; desde nuestro caserío se oia el estruendo repetido del cañon.

—En efecto, la batalla ha sido sangrienta, contesté maquinalmente.

—Mi hermano menor, prosiguió, pertenecía á la compañía de V.: me han informado que es la que mas pérdidas ha sufrido....

—Tambien es verdad.

—Veo que no me han engañado, y han hecho bien: no es accion generosa, prosiguió clavando en mí su mirada escrutadora, engañar á una hermana que pide nuevas de su hermano sobre el campo de batalla.

—Hija mia! exclamé sin poderme contener.

—¡Oh! dijo levantando los ojos al cielo: mi hermano menor, mi pobre Manuel ha muerto: me lo dice el corazon.

Y luego alzando la voz, con ademan de mando y mirándome de una manera que nunca olvidaré, gritó:

—Capitan, quiero ver á mi hermano.

—Triste espectáculo vas á presenciar, la dije al fin viendo que era imposible ocultarla por mas tiempo la verdad: triste, muy triste, hija mia; mas si lo quieres, yo te acompañaré hasta el sitio donde se encuentra.

—Gracias, señor: marchemos.

Di órden al sargento para que nos acompañase, y nos dirigimos todos tres al argomal incendiado.

Una pequeña prominencia del terreno nos ocultaba el cadáver: volví á insistir para que no pasase adelante: por toda respuesta la animosa joven trepó la eminencia, apresuró el paso y quedóse pálida, inmóvil y con la mirada fija ante los cuerpos de los dos soldados abrazados.

A poco rato se arrodilló sin derramar una lágrima, sin lanzar un suspiro: hizo una corta oracion, levantó hasta su regazo la lívida cabeza del que parecia de mas edad, besólo en los labios y tornó á dejarla caer poco á poco sin proferir una palabra. Luego tomó asimismo la cabeza del mas joven, contemplólo largo rato con intensa atencion, é imprimió en sus labios y mejillas besos mas apasionados y repetidos.

El sargento y yo con la cabeza descubierta, oprimido el corazon, pareciamos dos estatuas segun nos tenia de inmóviles el espectáculo que presenciábamos.

Por fin aquella joven singular apoyó el rostro del cadáver sobre su rodilla, levantó los ojos hácia mí, y con voz firme y sonora me preguntó.

—Han cumplido con su deber?

El corazon se me hacia pedazos, los sollozos me sofocaban, y aun hoy, despues de tantos años, derramo lágrimas al recuerdo de aquella escena. Los ojos del sargento estaban humedecidos.

—¿Han cumplido con su deber? tornó á preguntar viendo que yo no respondia.

—Hija mia: ha muerto como un valiente.

—¿Y el otro?

—Pues qué ¿te interesas tambien por el que está en tierra?

—¿Y el otro? volvió á preguntarme sin alterarse lo mas mínimo.

—Repara en su herida, la dije: la bala entró por la frente dando cara al enemigo. Pero dime...

—Basta: dijo dando el último beso y colocando cuidadosamente el cadáver del mas joven



en una postura cómoda. Gracias capitán: se querían en vida y han muerto abrazados. El otro es mi hermano el mayor.

—¡Misericordia! exclamé sin poderme contener.

La joven había vuelto la espalda y comenzado á trepar la montaña con paso seguro.

Aquel mudo dolor me aterraba.

—Respetemos su duelo, dije al sargento, pero no nos separemos de ella.

Sentóse sobre una piedra y yo me acerqué á ella con las lágrimas en los ojos.

—¡Oh, capitán! exclamó al verme. A mi madre y á mi, únicos restos de una familia numerosa y feliz, nos servirá de gran consuelo saber que han muerto como valientes, como buenos y leales vascongados en defensa de la bandera que siguieron y del partido que abrazaron: reciba V. las gracias por la parte que toma en nuestro dolor.

Calló un momento: elevó de pronto al cielo su límpida mirada, y con acento que me desgarró el alma, exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío!... Los dos!...

Un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, y hondos gemidos lanzó su angustiado pecho.

Prodigámosla cuantos socorros tuvimos á mano; serenóse luego, tendióse silenciosamente la mano que yo besé con religioso respeto, y acompañada de mi asistente, marchó para no volverla á ver mas.

Su cuerpo era hermoso; su alma, mas hermosa aun: una alma de heroína.

JOSÉ M. DE GOIZUETA.

## LA FLOR DE LAS RUINAS.

*Relacion de un sucedido, por Fernán Caballero.*

(CONCLUSION.)

### CAPITULO V.

—Cristo crucificado, ellos son! exclamó aterrada la joven al oír los golpes.

—Quiénes?... preguntó Pedro.

—Mis hermanos, los asesinos sin piedad, los verdugos sin misericordia, respondió ella alzando las manos con espanto.

Los golpes redoblaron.

—¿Qué hacer, madre de piedad, qué hacer? murmuró la infeliz volviendo en torno suyo sus

desatinados ojos como para buscar un medio de salvación que era imposible.

La mal pergeñada puerta cedió en este instante á un vigoroso empuje, y tres foragidos entraron en aquella estancia, mal alumbrada por un candil colgado en una de las salientes asperidades del descarnado muro. Despues de hacer á su hermana algunas cortas y brutales reconvencciones por su tardanza en abrirles, se dirigieron hácia Pedro sin demostrar estraneza por hallarlo allí; mas su hermana precipitándose á su encuentro escudó á su amante con su cuerpo exclamando con vehemencia:

—No, no lo matareis sin atravesar antes mi pecho!

Por única respuesta, el mayor de los tres la cogió por un brazo y la tiró al suelo á distancia, apartándola así del lugar en que pasaba esta escena.

Pedro estaba desarmado; pero aun en el caso que lo hubiese estado, toda resistencia contra tres foragidos era tan inútil como insensata, y solo habria servido para precipitar la inevitable catástrofe; por lo cual los foragidos despojaron á Pedro de cuanto llevaba, sin que este opusiese resistencia.

—Por Dios, hermanos, gimió su pobre hermana que se había arrastrado sobre sus rodillas hasta sus piés; os pido que no lo mateis? Es el solo hombre que he amado! ¡Con su vida me arrancais la vida! ¡Tened piedad, una vez siquiera, tened piedad de él y de mí!

Los foragidos no hicieron caso alguno de estos angustiosos ruegos, y se apoderaron de Pedro.

—No, no lo matareis! exclamó su hermana levantándose erguida. Si no lo soltais por compasión, lo hareis por temor de mi venganza; y eso que vosotros no sabeis aun hasta donde puede llevar la venganza una mujer, que si no tiene vuestra mal alma, tiene en sus venas la misma sangre que corre por las vuestras.

—¡Atadla! mandó el hermano mayor.

—No, no! matadme de una vez, si no quereis que venga la muerte de aquel á quien amo, y que vosotros, tigres sanguinarios, fieras malditas de Dios, quereis matar ante mis ojos: pero yo lo impediré, que la desesperación dá fuerza y valor: y si no lo logro me vengaré, tan cierto como hay en el cielo Dios que nos juzga y sol que nos alumbraba, delatándoos á la justicia.

El hermano mayor dió un paso hácia ella, mas el menor lo detuvo diciéndole:

—No exasperarla mas; está fuera de tino y es capaz de todo.

—Pero no se puede dejar á este hombre, repuso el mayor.

—Saquémoslo de aquí, propuso el menor.

—Cómo! si hace una luna que deslumbra.



—¿Y quién pasa por estos sitios á esta hora? Para mas seguridad lo disfrazaremos; repuso el menor, que en seguida sacó de un arca un hábito de fraile.

—Saca tambien la mordaza, advirtió el que hasta entonces habia callado, el que en seguida se puso con el mayor á atar de piés y manos á su infeliz hermana, que se repercutia con violencia y rechazaba con desesperados pero inútiles esfuerzos á sus hermanos, que la dejaron atada y presa de una espantosa convulsion tendida en el suelo.

Habiéndole igualmente atado las manos á Pedro, puéstole la mordaza y revestido el hábito de fraile y calado la capucha, salieron á la ancha calle que tenian que atravesar para internarse, como lo intentaban, en las ruinas del lado opuesto.

Estaba la calle tan bañada de la luz de la luna que caia perpendicularmente sobre la tierra, que apenas hacian sombra los objetos. A cada lado de Pedro se colocó uno de los hermanos mayores, siguiéndolos el tercero, y así se puso en marcha la fúnebre caravana en absoluto silencio; pues hasta sus pasos cautelosos pisaban mudos la tierra.

Apenas habian llegado á la mediacion de la calle cuando de repente oyeron una voz recia y de mando que les gritó:

—Alto ahí!

Cual una centella reanimó y encendió esta voz las apagadas esperanzas de Pedro.

—¿Es una ronda y somos perdidos! huyamos! dijo el menor de los hermanos.

—Quietos! mandó el mayor, y sacando un puñal cuya hoja brilló á la luz de la luna como un relámpago; si haceis un solo movimiento sois muerto, dijo á Pedro.

El otro hermano lo imitó, y Pedro se halló preso entre las afiladas puntas de dos puñales ocultos con las mantas de sus dueños.

En este momento llegaba la ronda.

—Quién va? preguntó el que hacia de cabeza.

—Un padre que llevamos para auxiliar á nuestra madre moribunda, respondió con serena voz el hermano mayor.

El jefe de la ronda se cercioró de que lo que decian era cierto viendo al silencioso religioso, y Pedro, sin poder exhalar el mas leve sonido, ni hacer el mas mínimo movimiento, oyó con desesperacion alejarse á la ronda y debilitarse gradualmente el mesurado compás de sus pisadas.

—Aligerar el paso, dijo el mayor de los foragidos, volviéndose los tres á encaminar hácia las ruinas; mas antes de llegar á ellas volvió á oirse al jefe de la ronda que gritó con voz enérgica.

—Alto ahí!

Los ladrones se pararon murmurando imprecaciones. La ronda se acercaba con pasos apresurados precedida por una mujer, que con el ca-

bello suelto, el rostro desencajado y con las muñecas ensangrentadas, corria y gritaba con desgarrador acento:

—Salvadlo! salvadlo! y precipitándose en el grupo de los detenidos arrancó la capucha que cubria la cabeza y el rostro de Pedro exclamando con delirio: está salvo! Bendita sea la providencia y la justicia de Dios! Librese la sangre inocente, aunque sea á costa de la culpable!

—¿Qué has hecho, infeliz? exclamó Pedro.

—Lo solo que me quedaba que hacer, contestó ella, procurar tu salvacion y buscar mi muerte.

—Oh! no morirás, que yo te salvaré, exclamó Pedro.

—No de mi puñal, dijo en voz ahogada por la ira el mayor de los foragidos, el cual, antes que nadie hubiese previsto ni podido impedir su accion, habia cumplido su amenaza.

—Oh! qué frio y qué agudo es este acero! dijo la herida poniendo la mano sobre su traspasado pecho. Adios, Pedro, añadió dirigiéndose á este que se habia precipitado á ella y la sostenia en sus brazos: muero por haberte salvado, y así es mi muerte mas feliz que lo que ha sido mi vida.

—No mueras, no! exclamó desesperado Pedro. Mi salvadora será mi compañera á la faz del cielo y del mundo.

—No, no, repuso en balbuciente voz la moribunda; la *flor de las ruinas* debe morir entre ellas sola y abandonada como ha vivido. ¡Juez de corazon, añadió alzando sus ya quebrados ojos, ten conmigo la compasion que los hombres no han tenido!

Algun tiempo despues se ajusticiaban en Lisboa tres bandidos, entre los cuales uno atraia con particularidad la asombrada atencion de la muchedumbre por llevar la señal de Cain en la frente, mientras en una de las casas mas ricas y conocidas se celebraba una junta de facultativos por hallarse en inminente peligro de resultados de unas calenturas cerebrales el hijo de los dueños.

## EL BESO DEL DIABLO.

Un hombre alto, pálido, con los ojos desencajados y la figura cadavérica estaba sentado en un sillón de baqueta negra, alto de respaldo y duro de asiento.

Su cabello largo, lacio é inculto caia en madejas sobre sus hombros, y á veces sobre sus ojos de donde los apartaban unas manos lívidas y descarnadas.



La pieza en que estaba era inmensamente grande, una lámpara fúnebre, que parecía sacada de las escavaciones de Pompeya, alumbraba débilmente aquel vasto salón.

Un hombre tenía los ojos fijos en el suelo, las manos apoyadas en los brazos del sillón y parecía estar en conversación consigo mismo.

Una túnica gris atada al medio del cuerpo por un cordel, le daba cierta semejanza con un fraile franciscano.

Mas de una hora pasó en la actitud que acabo de describir, sin que ninguno de sus miembros diera señal de vida.

Unicamente sus labios se movían como si rezara; pero con solo verle era fácil comprender que no los movía una ocupación tan santa.

Una hora dió en un reloj de pared que había en el estremo de la sala.

El hombre se levantó y se dirigió á cerciorarse por sí mismo de la veracidad de aquellas campanadas, despues de lo cual, seguro de que eran los tres cuartos para las doce, volvió á sentarse en el sillón y permaneció tan inmóvil como al principio.

Pero al poco rato se oyeron claras, agudas y penetrantes doce campanadas que repitió el eco de la estancia.

Yo que me hallaba sin saber cómo en el ángulo de la sala mas retirado al sillón y al reloj, me estremeci al oirlas.

Ignoraba quién podría ser aquel hombre; pero el sitio, su aspecto, la hora, el silencio que yo no me había atrevido á interrumpir, todo contribuyó á que por mi cuerpo corriera un estremecimiento que me heló la sangre, y que me fijó mas en mi oculto rincón.

Aun duraba la vibración lenta y dolorosa de las doce campanadas, cuando el hombre-espectro se levantó y echó á andar dirigiéndose al parecer hácia mí.

Me vi muerto.

Hubiera querido enaquel momento ver abrirse la tierra y sumergirme en sus negras entrañas, con tal de salir de aquella habitación y sustraerme á las miradas del espectro.

Llegó completamente á mi lado.

Detuve la respiración cuanto pude y me pegué á la pared como una lapa.

El hombre apoyó la mano izquierda en un botón metálico que como á una vara de mí había en la pared, y abrió una puerta que tenía toda la altura de la habitación.

Yo respiré; la puerta me había cubierto.

Miré atentamente por un agujerito que en dicha puerta había, y por este medio no perdí nada de lo que sucedió.

Al tener la puerta abierta hizo una seña con la mano derecha y se retiró á su sillón.

Un vivo resplandor rojizo iluminó la estancia, y entraron tres hombres con unas túnicas de la misma hechura que la del primero, pero de una tela roja como la sangre y reluciente como un metal.

Aquellas túnicas eran las que despedían el resplandor que tanto me había chocado.

Los hombres rojos entraron y fueron á colocarse detrás del sillón.

El primero sacó de debajo de su túnica un frasco grande lleno de salamanquesas, que colocó encima de la mesa que delante del sillón había.

El segundo sacó una gran caja metálica en la que chispeaba un licor ardiente que lanzaba al aire llamaradas vivisimas, como los fuegos fatuos que en las noches de sequía brotan de las lagunas.

El tercero se acercó á la mesa, destapó el tarro y volcó las salamanquesas que empezaron á dispersarse por la habitación.

Al verlas huir desaforadamente, libres ya de su prision, el hombre-espectro mojó la mano izquierda en el licor ardiente, y á semejanza de un asperges roció la habitación.

Las salamanquesas se quedaron inmóviles.

Pero ¡cual fué mi asombro al ver que cada gota del licor había hecho nacer infinidad de animales fantásticos, caprichosos y desconocidos que dejaban muy atrás las originales creaciones de Teniers, Brueghel, Tahanot, etc., etc.

Entonces colocaron la caja con el licor en el centro de la habitación en medio de un círculo verde que en ella había, y los animales vinieron á arrojarle dentro lanzando unos gritos, unos ahullidos y unos cánticos á cual mas desacordes.

Aquel concierto en que se oían graznidos como los del cuervo, las ranas y las aves de rapina; cantos como el del grillo y el alacran, mezclados al del gallo; trinos que no hubieran podido imitar los ruiseñores y los mirlos; silbidos roncros y agudos como los de las culebras; arrullos de tórtolas y palomas, graznidos de buhos, gritos humanos, ahullidos de tigre, formaban un ruido insoportable, estridente y confuso.

El hombre-espectro sonreía acariciándose las gudejas de su descuidada cabellera.

*(Se concluirá.)*

## Enigmas ó metáforas antiguas

1.º

A las Amazonas ví  
todas juntas y apartadas,



puestas en pié y asentadas  
en sus escuelas oi.

Todas de la guerra vienen,  
que de por si cada una  
no tiene fuerza ninguna  
y muchas juntas la tienen.

Cinco matronas hay puestas  
gobernando de tal arte,  
que no me dareis vos parte  
donde no esté alguna de estas.

Bien es que á todas abone;  
mas alguna que yo sé  
hecha una equis topé:  
si miento Dios me perdone.

Un escritor ignorante  
dice que gentiles son,  
mas yo las vi en procesion  
y con un cruz delante.

Y si bien su ser penetras,  
como fueron las pasadas  
por las armas señaladas,  
estas lo son por las letras.

2.º

Soy mozo tan delicado  
que siempre en la cama estoy,  
y aunque no muy rico soy  
mil doctores me han mirado.

Un extranjero algibista (1)

(1) Algibista, componedor de los huesos.

lo primero me bizmó,  
y todo el cerro me untó  
para conservar la vista.

Con mucha solicitud  
me ven damas de mil casas,  
y tras de ofrecerme pasas  
me prometen la salud.

Lloro y rio con algunos,  
y como mujer me toco,  
que no hay en el mundo loco  
como yo de tantas lunas.

Pero no por eso dejo  
de dar consejo dó voy,  
que aunque lunático soy  
muchos toman mi consejo.

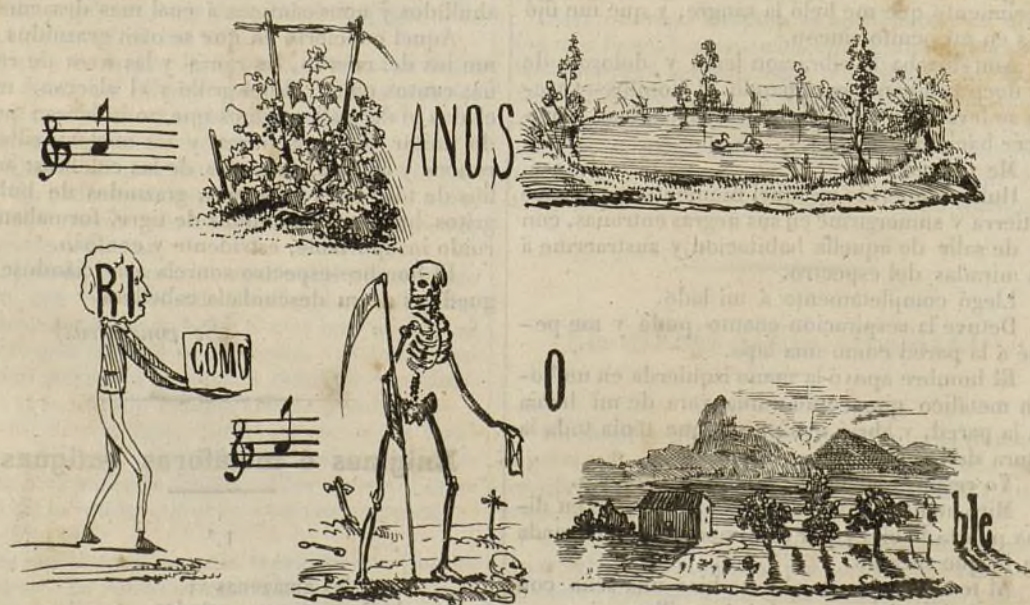
Soy libre si se repara,  
pues desde el rey al vasallo  
la falta que en ellos hallo  
les doy con ella en la cara.

Quiérenme de mozo y viejo,  
no tanto por mi beldad,  
cuanto por hablar verdad  
con claridad y despejo.

Solucion del geroglífico anterior.

Hasta los afamados toreros pegan  
sendos batacazos y acaban entre los  
cuernos.

# GEROGLÍFICO.



Imprenta de la REVISTA MEDICA, á cargo de D. Juan B. de Gaona, plaza de la Constitucion, n.º 11.

Ayuntamiento de Madrid